

El «Hades» de los antiguos helenos y el «Sheol» de los hebreos

1. LA MUERTE, SUPREMA FRUSTACION DEL HOMBRE

Todos los hombres de todas las épocas y en todas las latitudes han considerado como el máximo bien la vida en su plena manifestación físico-psíquica, y por eso, la muerte, como cesación de la vida ha sido siempre su máxima obsesión, porque el ser humano es el único ser viviente que sabe que ha de morir, es decir, que se van a interrumpir definitivamente las incoercibles ilusiones de pervivencia indefinida a la luz del sol, fuerza vivificadora del universo y manantial de alegría en contacto con la madre tierra. Es lo que se ha llamado «la angustia vital» o el «sentimiento trágico de la vida». Porque es a pesar del trágico esfuerzo vital con sus frustraciones de cada día, en lucha por la existencia.

Pero, además, el ser humano, no sólo aspira a sobrevivir, sino a perfeccionarse para transformar su entorno físico al servicio de un bienestar, fuente de todo progreso. Pero como el hombre es un ser mixto, compuesto de espíritu y materia, aspira a perpetuarse, superando, con la transformación técnico-cultural, las limitaciones de su existencia, para saborear la vida no sólo en su dimensión instintiva, sino en la racional y estética. Por eso, el ser humano, con su *dualismo* radical físico-psíquico, es esencialmente inconformista, y aspira nada menos que a ser «como Dios, conocedor del bien y del mal» (Gen 3, 5), es decir, con capacidad de determinar lo bueno y lo malo en la vida en competencia con la misma divinidad; es el gran desafío prometeico-inconformista que late en el trasfondo de las tradiciones helénicas y bíblicas.